

Una luz desde el abismo

El artista del silencio

GIOVANNI QUESSEP

Caza de Libros, Agenda Cultural del Gimnasio Moderno, colección Los Torreones, Ibagué, 2012, 67 págs.

Soy el último hombre que
grita sobre la tierra
que grita al cielo que se ha ocultado
para siempre
y habría de negarlo a quién, ¿a
Dios?
acaso Dios es el artista del silencio
de tantas hojas que no son o siguen
cayendo al abismo...

QUIZÁ SEA esta interrogación a Dios, “el artista del silencio”, imagen poderosa con la cual el poeta Giovanni Quessep da nombre a este volumen de poemas, el centro más sensitivo en torno al cual se articulan, de una manera u otra, las treinta piezas poéticas que lo conforman.

No es de extrañar. A lo largo de una de las obras líricas de mayor consistencia y hondura de nuestra historia literaria, el universo de lo sagrado siempre ha estado presente. Sea como una sombra tutelar desde la cual se contempla la realidad sorprendente del tiempo, sea desde la constatación vertiginosa de lo abisal y lo misterioso, sea a partir de la experiencia conmocionante de la luz y del canto, la pulsión de acceder a la conciencia del universo ha acompañado su trasegar poético. Aquí, en este poemario en el cual las presencias fabulosas y, simultáneamente, mínimas y discretas, se ordenan como otras tantas maneras de bordear las proximidades del absoluto.

Tampoco aquí el poeta Quessep condesciende a enfocar las presencias prosaicas de la vida. Todo su universo creativo se constituyó en el centro de una vocación radical por la nobleza, la insustancialidad y la espiritualidad. Ese flujo de acontecimientos que en el día tras día nos constituyen como seres del cambio, de la mudanza y de la obsolescencia, estuvo siempre lejano de sus intereses. A él le importó siempre, desde sus primeros momentos, las metáforas del alma. El alma, con su pleno

desfile de maravillas y terrores, con su vocación de abismo y su ansia de levedad, se ubica en un espacio al cual los estilos de época, las transformaciones de la historia, los modos innumerables, aunque previsibles, de la realidad tangible, no consiguen allegar. Al final, como él mismo lo ha expresado en diversos momentos, esa “transfiguración de la realidad” vuelve sobre sí misma, se autoconstituye y se enfoca, y al hacerlo consigue afirmarse de una manera rotunda y poderosa, pero en el reino de las palabras que son presencia y están ahí, inventándose frente a nuestros ojos, el espacio que se abre y despliega es lejano del mundo, autónomo, insustancial. El poeta ha querido siempre habitar un territorio en el cual el espíritu humano se exprese a sus anchas, sin restricciones ni cortapisas, pues es ese ámbito, y ningún otro, aquel en donde la vida puede construirse.

Pero si esta ansiedad por lo sagrado ha estado presente a lo largo y ancho de todo su trabajo poético, en este volumen en particular, adquiere características definitivas. Pues la conminación a Dios y a su silencio se hace desde la experiencia límite del que se sabe al borde de lo posible, cruzando los últimos umbrales rumbo a un nunca jamás. El cielo “se ha ocultado para siempre” y “el alma es polvo” mudo y reducido al silencio,

que cose mis labios con su canto
abismal, que no encuentra la salida
ni hacia el fondo culpable de mis
huesos
ni hacia el cielo que alguna vez
tuvimos

.....
¿Cómo entonces
vamos a ser la música olvidada?
Dí, ¿cómo oír la danza irrepetible
de las estrellas, si ya el alma es
polvo,
de un diamante escarlata que nos
quema?

.....
Dolor de la belleza
que perdió su piedad, su puro
nombre.

Esa constatación de pérdida, de imposibilidad: la certidumbre de que lo bello, ese poder tremendo que rescata a los hombres de la ruindad del mundo cotidiano y los arroja al abismo tremendo en donde habitan lo misterioso e

invisible, ya no es más posible, se transfigura en una determinación demencial: no volver.

No es necesario tornar al
sufrimiento exterior
donde solo aguardan
serpientes de ojos turbios
que solo acompañan
a la última de las torres caídas.

.....
No quisieras volver, es un decir, es
solo un cantar,
escúchalo tu mismo, no lo digas, no
lo entregues a nadie,
que haga parte
de tu abismo, de tu juicio final.

Asumir ese “estar perdidos en la hondura del bosque”, tras ese “último pájaro del mundo”, como un vivir final del tiempo que ya no es río en donde sea posible no extraviarse. Por el contrario, quizá habiendo sido creados por el “desprecio de los dioses” que modelaron nuestra forma con la “arcilla de las desapariciones”, nuestro tiempo ya no sea más el “cántico del agua” y más bien ese abismo donde las horas caen desde sí mismas y “donde la vida sufre lo que aún sueña”.

En *El artista del silencio* nos encontramos frente a una experiencia poética conmovedora. Poblado de imágenes de enorme poder, su estricta arquitectura idiomática, el manejo magistral de las formas clásicas de la composición poética, hace realidad la aspiración fundamental que ha orientado la obra de Giovanni Quessep a lo largo y ancho de su vasta trayectoria: la consecución de la belleza. No es posible deslizarse a través de sus versos con la ligereza al uso, o el vértigo a que nos obligan los tiempos contemporáneos. Frente a su construcción, a sus honduras de sentido, a su musicalidad plena de misterios, nos es imperativo el silencio y la espera. Debemos aguardar, tallar dentro de nuestra intimidad un reducto de quietud, una suspensión de juicios que abra paso a la experiencia de lo bello; de lo que, al margen de la convulsión y la medianía, existe y se inserta en la palpitación del abismo.

Y el abismo es el centro del universo: están en él las constelaciones, pero también la rosa, “espejo del tiempo”, semejante a la luna en la metáfora del místico persa. Belleza o abismo, palabra y música: encantamiento total, or-

den del espíritu que descubre la ciencia del amor y abre las puertas de lo desconocido.

Rafael Mauricio Méndez Bernal

Profesor, Facultad de Artes ASAB
Universidad Distrital Francisco José de Caldas